

y hecho víctima de sus calumnias á la jóven reina, María Antonieta, á quien sus intimidaciones de Trianon habian espuesto á los tiros de la maledicencia. La influencia de aquella adorable princesa sobre el corazón tan bueno y tan débil de su esposo era conocida, y en otros tiempos mas felices habia hecho uso de ella aquella infeliz reina mas abiertamente de lo que hubiera convenido para su futura tranquilidad. María Antonieta habia tenido hechuras suyas, amigos políticos, y por consecuencia enemigos. El deplorable negocio del collar habia dado un odioso pretexto á aquellas hostilidades mortales y habia sido preciso que la dignidad real ofreciese el doloroso espectáculo de una reina de Francia que habia tenido necesidad de justificarse.

Hoy han caido ante el desprecio de la historia aquellas vergonzosas calumnias que se encarnizaban entonces con la *Austriaca* y la correspondencia de Mirabeau con el conde de la Mark nos la ha presentado tal como ella era en realidad, esposa fiel, mujer superior y verdaderamente francesa. Hoy sabemos cuanto repugnaban á su noble inteligencia los negocios, las intrigas políticas, cuanto amaba al país cuyo trono compartia con su esposo. Tambien sabemos su alegría natural, su frivolidad, que en una mujer tan inteligente no era otra cosa que una gracia mas. Pero entonces, la calumnia únicamente era la que tenia la palabra; las masas ignorantes acogian con avidez las acusaciones que satisfacian sus instintos envidiosos; los hombres mas hábiles de la conspiracion del Estado llano favorecian aquellos odios ciegos, porque conocian en la reina una firmeza y una decision que no tenia ninguno de cuantos la rodeaban. «El rey, decia Mirabeau, no cuenta mas que con un solo hombre, y este hombre es su mujer.»

De esta suerte conspiraba todo contra Luis, lo mismo sus amigos que sus enemigos, sus naturales apoyos, igualmente que sus adversarios ocultos ó declarados.

La asamblea nacional ofrecia en su composicion la misma confusion que la córte. Encontrábase allí la faccion disfrazada del duque de Orleans; el alto clero, celoso de sus privilegios; el clero inferior ardiendo en deseos de escalar las altas dignidades á las que no habian podido aspirar hasta entonces; un partido de filósofos ensalzando la adoracion de la razon humana hasta el extremo de odiar todas las religiones; unos políticos, unos economistas, unos rentistas, espíritus mas especulativos que prácticos, apresurando con todos sus votos la disolucion de la sociedad para preparar el advenimiento de sus confusas teorías; gran número de abogados movidos por brillar en otro teatro mas ancho que una bailía de provincia; todos ellos roidos por una ambicion secreta, dispuestos todos ellos á hablar de todo; cierto número de hombres curiosos de novedades por pura aficion á todo lo nuevo; finalmente, y siempre es este el menor número, algunos hombres honrados, convencidos, amigos sinceros de su país y de la humanidad, que deseaban con vivas ansias una regeneracion, sin sospechar los vergonzosos desórdenes que habian de ser su precio.

Por bajo de esta gente escogida de la nacion, figurémonos á esta cansada de esclavitud y de miseria, emancipada con el deseo, antes de estarlo por la inteligencia, mas ávida que digna de libertad, mas envidiosa de las superioridades que amiga de la igualdad. Si Luis XVI no estuvo un momento á la altura de semejante situacion, justo es decir que á todo el mundo le sucedió lo mismo.

Desde el dia en que los diputados del Tercer Estado hubieron decretado su omnipotencia y su inviolabilidad; desde el dia en que por boca de Mirabeau se proclamó la escision entre la revolucion y la monarquía, puede ya juzgarse, cual ha de ser la salida de aquel conflicto; por mas que haga Luis XVI está sentenciado de antemano. Aquel que con su potente voz acababa de tocar á la agonía de la dignidad real, aquel mismo hombre fue á la vez el representante mas verdadero, el juez mas severo de aquella revolucion. Nadie comprendió mejor que él la grande, la inevitable revolucion de los principios; nadie oyó con mas energía á la inícuca, á la sangrienta revolucion, que él no hizo sino vislumbrar y de la que fue otra Casandra impotente. Mirabeau fue, quizá, el único de aquella época que tuvo completa inteligencia en aquella revolucion que él trató de tener á raya, sin dejar por esto de afirmar, de llamar y de preparar su inevitable triunfo. Mirabeau fue el político mas grande de su siglo; lo único que le faltó fue el sentido moral. Mirabeau comprendia cuán poco conveniente era para la Francia la forma republicana; pero quiso arreglar la monarquía, someterla á las leyes y garantizar con estas la libertad y la igualdad de todos los ciudadanos. Quería un gobierno á la inglesa, pero teniendo en cuenta, siendo en esto el único entre todos los demás, las profundas diferencias que existian entre ambos paises. Aquel *apóstol* de la democracia moderna, como se titula él mismo, estaba por desgracia cargado de vicios: este fue el secreto de su impotencia.

Ahora bien, Mirabeau, decia ya en los primeros dias del conflicto: «Todo está perdido; el rey y la reina perecerán, y, ya lo vereis, el *populacho* profanará sus cadáveres.» Como se ve no hay mas que los grandes talentos, los verdaderos políticos, que sepan, que se atrevan á llamar por su verdadero nombre á esa escoria del pueblo, cuyos crímenes se le imputan con frecuencia al verdadero pueblo. Mirabeau y M. Thiers llaman á esa escoria *populacho*; los tribunos de baja esfera, los aduladores de los tiranos de la calle le llaman *pueblo*.

El populacho, cuyas miserias públicas y un instinto secreto de próximas rapiñas habian hecho que fuese aumentándose en París hasta adquirir unas proporciones espantosas, empezaba á agitarse, á reconocerse y á organizarse. Cuando se empieza á discutir, á disputar el poder, este no existe ya ó está en todas partes y en ninguna. Abriéronse los clubs y en ellos se reconcentraron todas las pasiones para una explosion inmediata. La tempestad se iba formando en aquellas tierras bajas y comprendiendo el rey el apoyo que podia hallar aquella efervescencia contra el trono en la hostilidad declarada de la asamblea,